
DEIFORMIDAD

Ver: *Cristianismo / Religión / Religación / Sagrado / Historia de las religiones / Dios*

«La encarnación aparece dentro de un proceso en el cual la Trinidad se proyecta *ad extra* en su propia vida. Ahora bien, esto quiere decir que la creación y los entes creados tienen una condición que llamo *deiformidad*. No deificación, porque eso envuelve la idea de hacer dioses. No es esto, sino que en sí mismos, en tanto que hechos y creados, son deiformes.

Este proceso culmina en la incorporación personal de Dios, en su segunda persona, a esta creación. Una incorporación que tiene varios caracteres. En primer lugar, un carácter biográfico. En segundo lugar, un carácter histórico. Y, subyacente tanto a la biografía como a la historia, su carácter religioso, dentro de la historia religiosa de la humanidad.

Este proceso de deiformidad, que culmina en la incorporación personal de Cristo a la realidad del mundo y de la historia, acontece precisamente *por a para la deiformidad humana*.

La teología clásica se planteó un problema similar con un título distinto, pero que en definitiva roza intrínsecamente lo que acaba de decir, a saber: cuál fue la razón por la cual aconteció la encarnación en la creación. [...]

Personalmente, con toda mi torpeza, no puedo sumarme a ninguna de las tres opiniones. A la que más me aproximaría sería a la opinión de Molina, pero con una diferencia fundamental: en toda la discusión de las opiniones se pone de un lado el Verbo encarnado, de otro lado la humanidad pecadora, y uno se pregunta: ¿es que la humanidad, en virtud de la cual y para la cual se encarnó el Verbo, es forzosa y formalmente la humanidad en tanto que pecadora? Esto es lo que había que probar y es un supuesto que creo absolutamente falso.

El destino de los hombres estaba incluido en la razón formal de la encarnación, pero de los hombres en tanto que deiformes, no en tanto que pecadores. Le ser pecadores y redimirlos vendrá después. La razón formal de la encarnación es justamente la deiformidad humana.

Los hombres entran en el decreto de la encarnación; pero no en tanto que humanidad pecadora, sino en tanto que humanidad deiforme. De ahí que la encarnación sea un dar de sí *ad extra* en la criatura deiforme. La

encarnación tuvo lugar como la fundamentación de esta deiformidad.»
[Zubiri, Xavier: *El problema teologal del hombre: Cristianismo*. Madrid: Alianza Editorial, 1997, p. 313-314]



«El logos personal humano es la dimensión por la cual el hombre en cuanto hombre está desde sí mismo y en cuanto hombre vertido al θεός (Theós). Esto es lo que temáticamente he llamado *dimensión teologal* del hombre. Algo anterior, por tanto, a todo logos relevante y teológico.

Para hacer ver que no es una mera sutileza baste traer a la memoria un ejemplo. Cuando se pregunta si la existencia de Dios es una verdad conocida por sí misma, por el mero hecho de ser hombres, sin necesidad de demostración, santo Tomás, aun concediendo que de una manera vaga y general todos tenemos un cierto saber de lo que llamamos Dios, niega sin embargo que este saber sea un conocimiento de Dios, al igual que saber que alguien viene no es conocer que es Pedro, aunque de hecho sea Pedro el que viene.

Ahora bien, para santo Tomás, como para los de su tiempo, solo era cuestión saber quién viene, pues era obvio para ellos que “alguien viene”. Pero para el hombre actual la cuestión radical es justamente si viene alguien, esto es, si en el mero hecho de ser hombre (diría yo) hay alguna dimensión en la cual se aprehende que alguien viene.

Es justo un problema precientífico y que concierne a la dimensión teologal del hombre.

La dimensión teologal del hombre no es propia de uno u otro aspecto del hombre y de su vida, sino que concierne a la totalidad de su ser mismo. Por esto, afecta a la vida humana en su plenitud formal y no a fisuras o quiebras de ella.

En su virtud, lo que la revelación confiere al hombre en esta su dimensión teologal es la manifestación de la conformación teologal de su ser entero. Es lo que a mi modo de ser ha de entenderse en la expresión paulina de μόρφωσις [móρφosis – imagen o impresión, apariencia externa] y que, mejor que deificación, yo llamaré *deiformidad*, porque sólo el justo está deificado, pero todo hombre, aun el condenado, es deiforme.

Recordemos la frase de san Irineo: “hemos de trabajar sin cesar en deificarnos”. En esta unidad del ser del hombre en cuanto hombre y de la deiformación conferida a todo hombre por Cristo consiste la unidad de la dimensión teologal del hombre y por tanto el punto preciso en que ha de entablarse el diálogo con el hombre actual. Esta dimensión teologal no es una liquidación del logos revelante ni del logos teológico. [...]

En resumen, por ser deiforme puede el hombre poseer una fe que vive como sentido religioso en un esfuerzo que abarca todo su ámbito, y que se despliega en una intelección conceptual, esto es, en una teología. Fe en el logos revelante, ostensión del cuerpo de su verdad y conceptualización

teológica de su sistema con los tres momentos de un solo movimiento de esa realidad deiforme que es el hombre.» [Zubiri, Xavier: *El problema teologal del hombre: Cristianismo*. Madrid: Alianza Editorial, 1997, p. 36-38]



«Esta experiencia teologal, tanto personal como histórica, expresa, ya que al hombre le pertenece formalmente, lo teologal, y, por tanto, cierta medida, lo divino mismo. Es, a mi modo de ver, lo primario y radical del Cristianismo: el hombre es deiforme. La deiformidad no es un atributo o propiedad del hombre, sino que, en mi pensar, es lo formalmente constitutivo del ser humano.

El hombre es la proyección *ad extra* de la vida misma de Dios. Ser hombre es una manera finita de ser Dios: es ser Dios humanamente. Lo que llamamos "naturaleza humana" no es sino ese momento de finitud.

De ahí que, aunque trascendente al mundo, Dios se halla incorporado al universo y en especial al hombre. Incorporado ante todo por razón de Su vida: todo hombre es deiforme. Pero además incorporado humanamente, esto es, por razón de Su realidad misma: es la incorporación personal de Dios al hombre en la realidad de Cristo.

En su virtud, toda *deiformidad se halla fundada* en Cristo, toda vida personal es una opción respecto de Cristo, y la historia entera es un proceso hacia Cristo y desde Cristo: es el Cristianismo. El Cristianismo no sino la índole "cristica" de la deiformidad.

El Cristianismo es la vida humana como experiencia teologal de la deiformidad. Es la experiencia que enseña cómo el hombre se puede hacer Dios viendo cómo Dios se ha hecho hombre. Sólo porque el hombre se separa libremente de Cristo, y por tanto de Dios, es el Cristianismo religión de salvación; en sí y formalmente es religión de deiformación.

El Cristianismo es la deiformidad como momento intrínseco y formal del ser humano, como momento decisivo y decidente de su vida personal, y como momento intrínsecamente histórico. La unidad de estos tres momentos es la estructura misma de la deiformidad.

Por consiguiente, en su opción libre respecto de la verdad religiosa, respecto de la verdad de Dios, el hombre se ha jugado la carta de su propia libertad y de su propio ser. "La verdad os hará libres" (Jn 8, 32), nos decía Cristo.» [Zubiri, Xavier: *El problema teologal del hombre: Cristianismo*. Madrid: Alianza Editorial, 1997, p. 616-617]



«El hombre es una manera finita, entre otras muchas posibles, de ser Dios real y efectivamente. Y lo que llamamos naturaleza humana es no otra cosa sino ese momento de finitud, que puede ser múltiple y vario, pero que en el caso del hombre es una estructura determinada. El animal de realidades

es el momento de finitud, con el cual el hombre es Dios. El hombre es una manera finita de ser Dios.

Esta finitud es formalmente experiencial. [...] Dios es una realidad absolutamente absoluta y en esto consiste su esencia metafísica. Yo, en cambio, frente a Dios o respecto de Dios, soy una realidad relativamente absoluta. Relativamente absoluta porque este carácter lo tengo cobrado frente a la realidad haciéndome persona, haciendo mi ser, haciendo mi Yo, haciendo y fabricando mi personalidad. Por consiguiente, la experiencia de hacerme persona es experiencia de lo absoluto. Yo no soy absoluto como lo es una sustancia, soy absoluto haciéndome persona y constituyéndome como un Yo.

En constituirme como un Yo tengo y soy formalmente la experiencia de lo absoluto. Esta experiencia es justamente la experiencia de Dios; la experiencia de lo absoluto en la medida en que es experiencia de mi ser personal. Dios no solamente no es un ente, sino que respecto de nuestro problema no es ni siquiera la causalidad eficiente primera.

Es *quoad nos* realidad fundamental, *realitas fundamentalis*. Y, por consiguiente, se "es" aprendiendo este carácter formalmente trascendente de la fundamentalidad de Dios en la persona humana, en mi propio ser personal.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y Dios*. Madrid: Alianza Editorial, 1984, p. 327]



«El hombre es formal y constitutivamente experiencia de Dios. Y esta experiencia de Dios es la experiencia radical y formal de la propia realidad humana. La marcha real y física hacia Dios no es sólo una intelección verdadera, sino que es una realización experimental de la propia realidad humana en Dios.

Experiencia de Dios: es el tercer momento esencial del análisis de la realidad humana.

En definitiva, religación, macha intelectual, experiencia: he aquí los tres momentos esenciales de la realización personal humana. No son tres momentos *sucesivos*, sino que cada uno de ellos está fundado en el anterior. Constituyen, por tanto, una *unidad* intrínseca y formal. En esta unidad es en lo que consiste la estructura última de la dimensión teologal del hombre. La realización del hombre en ella es lo que de una manera sintética ha de llamarse *experiencia teologal*.

Esta dimensión, precisamente por ser individual, social y histórica adopta forzosamente forma concreta: es la plasmación de la religación. Aquí, plasmación significa que se trata de la forma concreta en que individual, social e históricamente, el poder de lo real se apodera del hombre. Plasmación es, pues, forma de apoderamiento.

Esta plasmación es *religión* en el sentido más amplio y estricto del vocablo: religión es plasmación de la religación, forma concreta del apoderamiento del poder de lo real en la religación. Religión no es actitud ante lo "sagrado", como se repite monótonamente. Todo lo religioso es ciertamente sagrado; pero es sagrado por ser religioso, no es religioso por ser sagrado.

Como plasmación de la religación que es, la religión tiene siempre una visión concreta de Dios, del hombre y del mundo. Y por ser experiencial, esta visión tiene forzosamente formas múltiples: es la historia de las religiones. Pero la historia de las religiones no es catálogo o museo de formas coexistentes y sucesivas de religión.

Porque aquella experiencia es, a mi modo de ver, experiencia en tanteo. Por tanto, pienso que la historia de las religiones es la experiencia teologal de la humanidad tanto individual como social y histórica, acerca de la verdad última del poder de lo real, de Dios.

En esta experiencia se inscribe el cristianismo. El cristianismo es religión y, por tanto, una plasmación de la religación, una forma como el poder de lo real, y, por tanto, su fundamento, Dios, se apodera (en el individuo, en la sociedad y en la historia) experiencialmente del hombre. El poder de lo real, decía, consiste en que las cosas son reales "en" Dios. Pues bien, para el cristianismo, este "ser reales en Dios" consiste en ser *deiformes*. Las cosas reales son, decía, Dios *ad extra*; para el cristianismo, este *ad extra* es "ser como Dios".

Esta deiformidad admite modos y grados diversos, pero siempre son modos y grados de una estricta deiformidad. De ahí que el apoderamiento en que la religación consiste sea concretamente deiformidad. La forma de ser humanamente Dios es serlo deiformemente. El hombre es una proyección formal de la propia realidad divina; es una manera finita de ser Dios.

El momento de finitud de esta deiformidad es lo que, a mi modo de ver, constituye eso que llamamos "naturaleza humana". Dios es trascendente "en" la persona humana, siendo ésta deiformemente Dios. Trascendencia de Dios "en" la persona humana es, pues, repito, deiformidad. Por tanto, realizarse como persona es realizarse por el apoderamiento deiformante de lo real. El apoderamiento mismo es el acontecer de la deiformación.

A mi modo de ver, es la esencia del cristianismo. Antes de ser religión de salvación (según se repite hoy como si fuera algo evidente) y precisamente para poder serlo, el cristianismo es religión de deiformidad. De ahí que el carácter experiencial del cristianismo sea la suprema experiencia teologal, porque no cabe mayor forma de ser real en Dios que serlo deiformemente.

En su virtud, el cristianismo no es sólo religión verdadera en sí misma, sino que es la verdad, "radical", pero además "formal", de todas las religiones. Es, a mi modo de ver, la trascendencia no sólo histórica, sino teologal del cristianismo. La experiencia teologal de la humanidad es así la experiencia

de la deiformidad en su triple dimensión individual, social y histórica: es el cristianismo en tanteo.

De esta suerte, el problema teológico del hombre se despliega en tres partes: religación, religión, deiformación, que constituyen tres problemas: Dios, religión, cristianismo.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y Dios*. Madrid: Alianza Editorial, 1984, p. 379-382]

COMENTARIOS

«Heidegger caracteriza el cristianismo originario siguiendo la estela de san Agustín y Eckhart, Lutero y Pascal, Kierkegaard y Bultmann: el cristianismo es el acontecimiento salvador de la cruz y la resurrección de Jesucristo apropiable por medio de la fe, de un salto, una decisión que transforma la orientación de toda la existencia. Jesús es el Hijo de Dios justamente porque salva al hombre.

Zubiri, en cambio, pone otro énfasis: el cristianismo es un acontecimiento, pero es el acontecimiento deificante o deiformante de la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo que –por medio de la fe y los sacramentos– transforma radical y enteramente al ser humano.

Si Dios salva, es porque se ha hecho hombre y porque así ha asociado al hombre a su vida divina.» [Nicolás, Juan Antonio / Espinoza, Ricardo (eds.): *Zubiri ante Heidegger*. Barcelona: Herder, 2008, p. 492]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten